

pocas formalidades; pero no así el acto de la profesión, en el cual se empleaban las más extravagantes ceremonias, se iluminaba y se oscurecía alternativamente el templo, se hacían correr aquí y allí espectros, de que á la luz de pavorosos relámpagos se descubría la espantosa conformación, se imitaba el ruido del trueno, y se procuraba aterrar de varios modos al infeliz á quien la curiosidad ó la superstición impelia á someterse á tan ridículas pruebas. Terminábanse ellas retirando los trastos que habían servido para ejecutar aquellas fantasmagorías, y pasando en seguida á un jardín, donde se bailaba y se comía, pero con las precauciones convenientes para hacer creer que allí se trataba de grandes y reservados asuntos. A fin de sostener este prestigio, se impusieron penas severísimas, hasta la de muerte, á los que revelasen el secreto de las reuniones, y se amenazó con el mismo castigo á los que de un modo ú otro llegasen á sorprender sus interioridades. De aquí provino el hábito de huir de los reos de aquel delito, hasta el punto de negárseles los alimentos necesarios, y de reducirlos por ello á una situación desesperada; y á esta costumbre alude Horacio cuando dice, «huiré de los que hayan revelado los secretos de Ceres.» No concluiré sin observar que ya los mismos filósofos de la antigüedad se burlaron del misterio de que se procuró rodear aquellos actos, que si eran buenos, debían ser conocidos para celebrarlos, y si

## ODE III.

Justum, et tenacem propositi virum

Non civium ardor prava jubentium,

Non vultus instantis tyranni

Mente quatit solidá; neque Auster,

malos, para proscribirlos. ¿Qué pensar después de esto, de las ceremonias análogas, empleadas en los tiempos modernos en otras igualmente misteriosas iniciaciones?

V. 29. *Sæpe Diespiter...* El poeta manifiesta al instante el motivo porque no viviría ni navegaría con el infeliz, á quien su crimen condenaba á la animadversión de los dioses y de los hombres. «Júpiter ofendido, dice, confundió muchas veces en el castigo al inocente y al culpado,» que es como si dijera, «huiré por no ser envuelto en la venganza que el cielo debe tomar de él.»

V. 31. *Rarò antecedentem* .. Los versos anteriores anunciaban una recompensa al hombre guardador del secreto, y amenazan al que lo revele, con una pena que podrá envolver al inocente que le acompañe. Pero el poeta no se contenta con esto, y añade que la pena, aunque *cojeando*, alcanzará infaliblemente al malvado, por más que corra para librarse de ella; sentencia sublime que manifiesta, que á pesar de las precauciones que emplee el criminal para asegurar la impunidad de su delito, no podrá sustraerse á la venganza lenta pero segura de la justicia divina.

Esto es en cuanto al pensamiento. En cuanto á la expresión, yo no he creído que pudiesen sufrirse en la poesía castellana las voces *cojo* ni *cojear*. Teniendo más dignidad, y ofreciendo el mismo sentido la frase *quebrado pie*, me he decidido á emplearla de preferencia.

## ODA III.

De ciega plebe el vocear insano

No conmueve al varon constante y justo,

Ni tuerce sus propósitos adusto

El ceño del tirano;

Ni el áustro, que del Adria remugiente

Su rabia en la onda muestra;



Dux inquieti turbidus Adriæ, 5  
 Nec fulminantis magna Jovis manus:  
 Si fractus illabatur orbis,  
 Impavidum ferient ruinæ.

Hâc arte Pollux, hâc vagus Hercules  
 Innixus arces attingit igneas, 10  
 Quos inter Augustus recumbens  
 Purpureo bibit ore nectar.

Hâc te merentem, Bacche pater, tuæ  
 Vexere tigres, indocili jugum  
 Collo trahentes; hâc Quirinus 15  
 Martis equis Acheronta fugit,

Gratum elocutâ consiliantibus  
 Junone Divis: Ilion, Ilion,  
 Fatalis incestusque judex,  
 Et mulier peregrina vertit 20

In pulverem; ex quo destituit Deos  
 Mercede pactâ Laomedon, mihi  
 Castæque damnatum Minervæ,  
 Cum populo et duce fraudulento.

Jam nec Lacænæ splendet adulteræ 25  
 Famosus hospes; nec Priami domus  
 Perjura pugnaces Achivos  
 Hectoreis opibus refringit:

Ni de Jove potente  
 La fulminante vengadora diestra.  
 Si los orbes se hundieran,  
 Las ruinas impertérrito le hirieran.

Polux asi y el vagaroso Alcides  
 Han de la luz á la region subido;  
 Asi Augusto, á la par enaltecido  
 De entrambos adalides,  
 Se recrea con célica ambrosia.

A la coyunda atados,  
 Asi tu carro un dia,  
 Baco, arrastraron tigres no domados:  
 De Marte asi en el coche  
 Rómulo huyó los reinos de la noche.

Al verle en medio el celestial congreso  
 Juno asi en grato acento prorumpiera:

«Ilion, Ilion, una estrangera  
 Y un juez torpe y avieso  
 Polvo hicieron tus torres colosales;  
 Que cuando lo pactado  
 Negó á dos inmortales

Laomedonte falaz, te entregó el hado  
 Con tu caudillo impio  
 De Minerva al rigor y al furor mio.

De la adúltera griega el huésped altivo  
 No ostenta ya su gracia y donosura,  
 Ni la casa de Priamo perjura

Al formidable argivo  
 De Hector contrasta ya con los blasones.  
 Fin á duelo prolijo



- Nostrisque ductum seditionibus  
 Bellum resedit. Protinus et graves 30  
 Iras et invisum nepotem,  
 Troica quem peperit sacerdos,
- Marti redonabo: illum ego lucidas  
 Inire sedes, ducere nectaris 35  
 Succos, et adscribi quietis  
 Ordinibus patiar Deorum,
- Dum longus inter sæviat Ilium  
 Romamque pontus. Quilibet exules  
 In parte regnante beati,  
 Dum Priami Paridisque busto 40  
 Insultet armentum, et catulos ferae  
 Celent inultæ. Stet Capitolium  
 Fulgens, triumphatque possit  
 Roma ferox dare jura Medis. 45
- Horrenda latè nomen in ultimas  
 Extendat oras, quæ mediùs liquor  
 Secernit Europen ab Afro,  
 Quæ tumidus rigat arva Nilus.
- Aurum irrepertum, et sic meliùs situm  
 Cum terra celat, spernere fortior, 50  
 Quàm cogere humanos in usus  
 Omne sacrum rapiente dextrâ.
- Quicumque mundo terminus obstitit,  
 Hunc tangat armis, visere gestiens

- Se dió y á disensiones;  
 Y de ódio exenta, al detestado hijo  
 De la frigia consorte,  
 Yo entregaré á los brazos de Mavorte.  
 Que á beber llegue el nectar regalado;  
 Que á ocupar venga el tachonado asiento  
 De los dioses á par, yo lo consiento,  
 Mientras que ponto airado  
 Entre la Italia é Ilium retumba.  
 Reine el frigio do quiera  
 Feliz, mientras la tumba  
 De Páris y de Priamo la fiera  
 Con su rugir insulte,  
 Dó sus cachorros sin temor oculte.  
 Enhorabuena el Capitolio erguido  
 La frente alze de brillo y gloria llena:  
 Leyes imponga Roma enhorabuena  
 Al medo sometido:  
 Dilate altiva, porque al mundo asombre,  
 Hasta el clima lejano  
 La fama de su nombre,  
 Donde estrecho profundo al africano  
 Separa de la España,  
 Y á los campos que el fértil Nilo baña.  
 No con ardor sacrilego y osado  
 Ose apropiarse el escondido oro;  
 Desprecie fuerte el pérfido tesoro.  
 Muy mejor colocado  
 En las entrañas de elevada sierra.  
 Sus armas, sus pendones



- Quâ parte debacchentur ignes, 55  
 Quâ nebulæ pluviique rores.
- Sed bellicosus fata Quiritibus  
 Hæc lege dico; ne nimum pii,  
 Rebusque fidentes, avitæ  
 Tecta velint reparare Trojæ. 60
- Trojæ renascens alite lugubri  
 Fortuna tristi clade iterabitur,  
 Ducente victrices catervas  
 Conjuge me Jovis et sorore.
- Ter si resurgat murus æneus 65  
 Auctore Phœbo, ter pereat meus  
 Excisus Argivis; ter uxor  
 Capta virum puerosque ploret.
- Non hæc jocosæ conveniunt lyræ.  
 Quò, Musa, tendis? Desine pervicax 70  
 Referre sermones Deorum, et  
 Magna modis tenuare parvis.

## NOTAS.

Durante muchos siglos desconocieron todos los comentadores de Horacio el objeto de esta oda, que solo en parte columbró ciento treinta años há, el sagaz y erudito

- Estiende de la tierra  
 Al último confin, de las regiones  
 Que bruma eterno hielo,  
 Hasta dó Febo abrasa el mustio suelo.  
 Pero que no, del próspero destino  
 Y su piedad ufanos y seguros,  
 Reparar piensen de Ilion los muros  
 Los hijos de Quirino.  
 Con funestos auspicios renacieran,  
 Y con horrible estruendo  
 De nuevo hundidos fueran,  
 De Júpiter supremo conduciendo  
 Yo la hermana y la esposa,  
 La hueste nuevamente victoriosa.  
 Si veces tres sus torres levantára  
 De bronce el rubio dios, tres con el fuego  
 En polvo las tornára el valor griego:  
 Tres cautiva llorára  
 Al esposo y los hijos la matrona.  
 Mas ¿dó elevando el vuelo,  
 Vas, Musa juguetera?  
 Deja, deja las pláticas del cielo,  
 Y no portento tanto.  
 Liviana amengües con tu humilde canto.

Tannegui le Fevre. Poco antes del asesinato de Julio César circuló en Roma el rumor de que aquel personage habia resuelto establecer en Troya ó en Alejandria la capital del imperio, trasladando á uno ú otro de aquellos puntos las legiones y las riquezas de la Italia. Cundiendo



esta noticia, supusieron los que se pretendian mejor informados, que César daría la preferencia á Troya, como que habiendo sido aquella ciudad la cuna de sus mayores, no cesaba él de dictar disposiciones para restablecer su esplendor. Augusto manifestó despues igual predileccion por la misma ciudad, á la cual concedió grandes privilegios; y con este motivo se renovaron las sospechas sobre la ejecucion del designio que á su tío se atribuyera, y se difundió cierta inquietud sobre la suerte ulterior del poder romano, que todos creyeron comprometido si se verificaba la traslacion. Fundado en estos antecedentes, supuso le Fevre que Horacio trató en esta pieza de disuadir á Augusto de aquel propósito, y que para ello presentó diestra y hábilmente á Juno, consintiendo en la apoteosis de Rómulo, sin otra condicion que la de que nunca se habia de reedificar la ciudad que aquella diosa ayudára á destruir. Dacier, Sanadon, Marmontel y otros literatos adoptaron esta ingeniosa conjetura; y admitida, el discurso de Juno, que sería dislocado y postizo en otra suposicion, aparece en efecto elevado, oportuno y magnífico. Por mi parte creo que partiendo de los mismos fundamentos en que parece apoyada la esplicacion de le Fevre, se podría establecer otra mas plausible, á saber; la de que la intencion de Horacio fue mas bien acallar ó desvanecer los rumores difundidos, que retraer á Augusto del designio que ellos le imputaban. No consta por una parte que este príncipe lo hubiese formado, ni es creible por otra, que á haberlo concebido, dejase de llevarlo á cabo por una arenga que un poeta pusiese en boca de Juno. Al contrario, dirigida esta invencion á desvanecer mas ó menos fundadas hablillas, debia producir un efecto seguro y general, pues procediendo ella de un hombre que gozaba de todo el favor de Augusto, y del de sus dos únicos ministros Mecenas y Agripa, equivalia á una reprobacion esplicita de la imputacion, ó á una declaracion formal de su falsedad. Añadiré aun, que empezando la oda por un elogio de la constancia, y nombrando á Augusto el poeta entre los altos personajes que esta virtud habia elevado al cielo, no podia tratar de di-

suadirle de un propósito que hubiese formado; pues ¿cómo el que cediese á esta instigacion podia llamarse *tenax propositi vir*? En fin, escribiendo Horacio con el objeto que indico, hacia un servicio señalado á sus protectores, pues desvanecia el cargo con que se les atacaba; mientras que intentando combatir un pensamiento del gefe del imperio, se esponia á incurrir en su desgracia, y él era demasiado diestro cortesano para correr semejante riesgo.

De esta pieza publicó en 1840 D. Manuel Cortés la traduccion siguiente:

Al constante varon de ánimo justo  
De su pensar no apartan invariable  
El furor de la plebe amotinada,  
Y en ordenar maldades obstinada;  
Ni el aspecto implacable  
Del amenazador fiero tirano,  
Ni del supremo Jove  
La fulminante mano,  
Ni el austro inquieto, que á su arbitrio altera  
El Adriático mar con saña fiera.  
Si el orbe en piezas mil se desplomára,  
Herido de sus ruinas,  
Impertérrito emperó moriria.  
Por esta senda rara  
El grande Polux y Hércules errantes  
Pisaron las mansiones refulgentes;  
Y el néctar y ambrosía  
Con labio sonrosado  
Augusto bebe entre ellos recostado.  
Asi tú, padre Baco, mereciste  
Que, al yugo el fiero cuello sujetado,  
Te lleváran los tigres que venciste:  
Asi desde el gran monte,  
Por caballos de Marte arrebatado,  
Rómulo huyó las furias de Aqueronte;  
Y al Congreso inmortal regocijada  
Entonces dijo Juno « ¡ Troya!... ¡ Troya!



Por mi y la casta Palas condenada,  
 Con tu rey y tu pueblo engañadores,  
 Mucho antes fuiste: pero desde el día,  
 En que el pactado precio á dos deidades  
 Laomedon negó, ceniza fria  
 Con sus infaustos lúbricos amores  
 Un juez y una estrangera te tornaron.  
 No ya á Elena violada  
 El infamado huésped hoy ostenta,  
 Ni de Hector en las fuerzas escudada,  
 Rechaza ya á los griegos belicosos  
 De Príamo la pérfida progenie;  
 Y por nuestras intrigas no cebada  
 Cual antes, ya la guerra  
 Desamparó la tierra!...  
 Yo en Marte depondré los perniciosos  
 Odios; y al nieto odiado  
 Progenie de la Téucra adivina,  
 A su custodia dejaré entregado.  
 Ocupará las sillas luminosas  
 De la mansion divina  
 Sin oponerme yo, entre las gloriosas  
 Deidades adscribiendo  
 Su nombre, y las sabrosas  
 Copas de néctar plácido bebiendo.  
 Con tal que un mar inmenso se embrevezca  
 Entre Ilión y Roma,  
 Felices vivan sí, mas desterrados  
 Donde á ellos les parezca;  
 Con tal que los ganados  
 De Príamo y de Páris insolente  
 Huellen la sepultura;  
 Y en ella hallen las fieras  
 Guarida á sus cachorros bien segura;  
 Firme esté el Capitolio refulgente,  
 Y Roma triunfadora  
 Dé leyes á los Medos en buen hora.  
 A la playa que está mas apartada.  
 Hasta donde interpuesto Ponto tiene

Del Africa á la Europa separada;  
 Hasta los campos mismos que mantiene  
 Fecundos Nilo con corriente hinchada,  
 Su nombre extienda Roma... ¡formidable  
 Roma!... mientras que sabe  
 El oro despreciar, que, no extraído  
 De las entrañas de la tierra, yace  
 Mejor entre sus senos escondido;  
 Y mientras no le fuerce á que le sirva  
 A sus usos con manos,  
 Con manos avezadas  
 A saquear las cosas mas sagradas.  
 A los polos del mundo sus banderas  
 Penetren, anhelosas  
 De ver donde de Febo las hogueras  
 Ostentan sus rigores,  
 Do el rocío y las lluvias nebulosas.  
 Pero yo aquesta suerte  
 A Roma pronostico belicosa,  
 Con tal de que piadosa  
 En extremo segunda vez no quiera,  
 En sus prosperidades confiada,  
 De Troya por sus padres habitada  
 Los techos reparar: Si renaciera  
 Segunda vez con ominoso agüero  
 De Troya la opulencia,  
 Otra vez incendiada  
 Ofreciera un aspecto lastimero;  
 Y yo... la esposa amada...  
 Yo la hermana de Júpiter tonante,  
 Guiaría el ejército triunfante.  
 Y si la vez tercera  
 Levantáran el muro de diamante,  
 Y Febo su autor fuera,  
 Tercera vez cayera,  
 Por mis amados griegos devastado;  
 Tercera vez Andrómaca en prisiones  
 A su esposo adorado  
 Y á sus hijos llorára dolorida.



Basta ya Musa ; porque no convienen  
A la festiva lira estas canciones.  
No mas , no , los discursos atrevida  
Repitas de los Dioses ;  
Ni con bajos acentos  
Los misterios del cielo atenuar oses.

V. 1. *Justum...* El elogio de la constancia contenido en estos dos primeros cuartetos, es pomposo. El poeta presenta sucesivamente todo lo que es capaz de aterrar á los hombres vulgares, la gritería de la plebe, el ceño de un tirano, un huracan rabioso en el mar, Júpiter mismo vibrando el rayo. En esta enumeracion se observa una hábil y bien dispuesta gradacion de riesgos, que el poeta presenta como divididos en morales y físicos, y que coloca ú ordena segun la impresion que unos y otros son capaces de producir. Las demasías de un tirano, lo mismo que las de un populacho brutal, son á la verdad grandes calamidades; pero son mas inmediatamente temibles sin duda los efectos de ciertos fenómenos físicos, y mas que todos ellos, el desquiciamiento de los ejes del mundo, con que Horacio completa el magnífico cuadro trazado en las dos primeras estrofas.

V. 2. *Civium ardor prava jubentium...* «La plebe insolente entregada al desorden, y anunciando á gritos exigencias irregulares.» Todos saben cuanta constancia y serenidad se necesita para no dejarse intimidar en tal situacion.

V. 4. *Mente quatit solidá...* Derroca ó desquicia su firmeza. ¿Cómo se podria decir esto á aquel á quien se intentase retraer de un designio que hubiese formado?

V. 5. *Dux inquieti turbidus Adriæ...* ¿Qué esmero y qué tino en la eleccion de los epitetos! Hé aqui cuatro palabras que forman un cuadro completo.

V. 7. *Si fractus...* Parecia que el poeta, presentando al padre de los dioses y de los hombres, lanzando á la tierra sus rayos vengadores, habia acabado la enumeracion de los riegos que pueden correr los mortales; parecia que la imaginacion nada podia añadir á este cuadro sin debi-

litar su efecto. Pero no era asi; Horacio tenia todavia que ofrecer á los ojos atónitos el pasmoso espectáculo del orbe desquiciado, y el del varon constante, que agobiado de ruinas, miraba sin pavor en medio de ellas el trastorno de la naturaleza; idea sublime, imágen grandiosa, que honra á la poesia y al poeta, y que eleva á éste á par de los mas altos ingenios que la cultivaron. Tal es la costumbre de nuestro lírico en sus grandes piezas. Cuando él está seguro de haber, por los medios ordinarios de su arte, producido una fuerte impresion, entonces es cuando emplea sus medios de reserva para completar el triunfo.

V. 9. *Pollux... Hércules...* De estos personajes he hablado en otras ocasiones. Horacio los presenta aquí como modelos de constancia y de impasibilidad, y los supone elevados al cielo por premio de estas virtudes.

V. 10. *Innixus...* Otros leen *enisus*. Esta última palabra seria mas exacta, pues *enisus hác arte*, significa *por esfuerzos de esta especie*; mientras que siguiendo la leccion vulgar, la traduccion será, *apoyado en estos medios*.

V. 11. *Quos inter...* Este elogio de Augusto debia ser un motivo de confianza para aquellos á quienes inquietase el designio que se le atribuia de una innovacion fatal. «No, dice el poeta, se ha elevado al cielo por la constancia en sus propósitos.»

V. 16. *Martis equis...* De las tradiciones sobre la fundacion de Roma era una que Rómulo habia sido transportado al cielo despues de su muerte en el carro de su padre Marte. La mitología griega supuso trasladados al Olimpo de un modo análogo, á otros personajes fabulosos.

V. 18. *Ilion, Ilion...* Yo creo que nada salió de la pluma de Horacio tan completo, tan magnífico como este discurso de Juno. La repeticion de *Ilion* dá mucha fuerza al apóstrofe, porque parece envolver la amenaza en la amonestacion.

V. 19. *Judex...* *Páris*, que adjudicando á Venus el premio de la hermosura, en competencia de Juno y de Palas, atrajo sobre su patria Troya el resentimiento de estas divinidades.



V. 20. *Mulier peregrina... Helena*, griega, que robada por Páris, fue causa de la ruina de Ilión.

V. 21. *Ex quo destituit Deos...* La idea de que Troya fue abandonada á la venganza de Juno y de Minerva, «desde que Laomedon dejó de pagar á los dioses el salario convenido», parece estar en contradicción con la antes enunciada, de que «un juez incestuoso y una muger estrangera habian convertido en polvo aquella ciudad;» pues la mala fé de Laomedon, y el fatal fallo de Páris son dos hechos bien diferentes, y entre el uno y el otro trascurrió un largo periodo. No hay mas medio de salvar esta dificultad, que suponiendo con un hábil comentador, que las palabras *ex quo*, equivalen á *post illud tempus quo*, y arreglando así la construcción del pasaje entero. *Ex quo Laomedon destituit Deos mercede pactá, fatalis incestusque judex et mulier peregrina vertit in pulverem Ilión, Ilión damnatum mihi et Minervæ.* Es decir, que la ciudad fue entregada á la venganza de las dos diosas por el fallo de Páris, pero que este fallo fue el reato de la mala fé de su abuelo. En este sentido puede esplicarse la calificación de *fatalis*, que se dá aquí á Páris, y que verosimilmente significa «condenado por los hados á decidir la contienda en términos funestos á Troya.»

V. 22. *Laomedon...* De *Laomedon*, rey de Troya, y padre de Priamo, cuenta la fábula que contrató con Apolo y Neptuno, lanzados en aquel tiempo de las mansiones celestes, la construcción de los muros de su ciudad; y que concluida la obra, no solo rehusó el monarca pagar á los dioses el salario convenido, sino que amenazó á Apolo con confinarle á una isla lejana. Cumplido el tiempo de la peregrinación, impuesta por Júpiter á aquellos dioses, volvieron ellos al Olimpo, donde determinaron castigar la mala fé de *Laomedon*, derramando varias plagas sobre sus dominios. Para desarmar su cólera, prometió él abandonar cada año á la voracidad de un monstruo marino, enviado por Neptuno, una doncella casadera, y una vez tocó la suerte á su hija Hesione. Hércules, en virtud de un ajuste que hizo con el afligido

padre, dió muerte al monstruo; pero el rey, violando el contrato, rehusó entregarle el precio de su proeza. En venganza de este ultraje le declaró la guerra, y le quitó la vida el paladin; y solo en cambio de una fuerte suma que se hizo adjudicar, permitió que al muerto sucediese en el reino su hijo Priamo. Refiriendo estas invenciones, no es posible dejar de recordar el hecho verdadero sobre que las forjó la mitología. Este hecho fue, que no teniendo *Laomedon* fondos con que acabar las murallas de su capital, echó mano de los pertenecientes á los templos de Apolo y de Neptuno, con promesa de devolverlos; pero las circunstancias no le permitieron cumplirla, y esta falta provocó el resentimiento de ambas divinidades. A la mitología correspondia rodear de accesorios maravillosos aquel suceso, y generalizar así la idea del castigo á que se hacian acreedores los príncipes que disponian de las cosas sagradas, é invadian de esta manera el dominio del santuario.

V. 23. *Castæque damnatum Minervæ...* Los mas de los intérpretes observaron ya que este *damnatum* es un término forense, equivalente á *adjudicado*, ó *entregado á discreción* de las ofendidas. Estas fueron Juno y Minerva, á las cuales, igualmente agraviadas por la preferencia que habia dado Páris á Venus en la adjudicación de la manzana, asoció para el despique la comunidad del desaire. El abandono que para vengarlas, se les hizo de la ciudad, fue el castigo de un amor criminal; pero éste fue la expiación de un sacrilegio anterior. Con el reo de aquel delito fue condenado el pueblo que él mandaba, pues desde el principio del mundo viene la historia castigando á los hijos por las faltas de los padres, y á los pueblos por las de los reyes.

V. 25. *Lacæna...* Horacio hace á Juno emplear cierta atención en no pronunciar los nombres de Páris ni de Helena. Mas arriba ha designado á ésta con la perífrasis de *mulier peregrina*, y aquí con la de *Lacæna adultera*. Páris, llamado antes *fatalis incestusque judex*, es calificado ahora con la denominación de *famosus hospes Lacæna*. ¿Es desprecio, es odio contra ellos el cuidado de



Juno de no nombrar estos personajes? Yo responderé que es arte del poeta. Hasta escitar la ira de los dioses contra estos amantes culpables, era conveniente prodigarles calificaciones ultrajantes, pintarlos con colores odiosos; artificio que no era necesario emplear mas, desde el momento en que Juno creyese haber comunicado á sus oyentes la indignacion de que ella estaba poseida. Por esta razon no tiene reparo en designar á París con su nombre en el verso cuarenta.

V. 26 y 27. *Priami domus perjura...* Esta calificacion seria injusta, si por *Priami domus* se entendiese la familia toda del desventurado rey de Frigia, puesto que ninguna parte tuvo él en el crimen de su hijo París. A éste, pues, es á quien debe aplicarse la calificacion de *perjuro*, que el poeta dá á su familia.

V. 28. *Hectoreis opibus...* Este verso es de una nobleza extraordinaria. Hector, resistiendo solo á todo el poder de los griegos, que para hacer mas fuerte la impresion y mas sensible el contraste, han sido calificados con el epíteto de *pugnaces*, forma tambien un cuadro soberbio. Yo siento esponerme por la frecuente repeticion de esta idea, á la reconvenccion de que no veo sino cuadros en los versos de nuestro poeta. Pero desafio al lector mas insensible á las bellezas de Horacio, ó si esto es posible, al mas prevenido contra él, á desconocer el efecto que produciria una pintura, que representase á Hector resistiendo solo á los esfuerzos de la Grecia, y difiriendo asi por algun tiempo el esterminio de su patria; el de otra, que figurase la destruccion del universo, y al justo sereno en medio de ella, aunque á punto de quedar enterrado en sus ruinas: el de otra en fin, donde se viese una ciudad destruida, entre cuyos escombros se descubriesen sepulcros suntuosos de reyes, sobre los cuales paciesen ganados, y en cuyas inmediaciones apareciesen grutas de fieras. Horacio sobresale en el arte de hacer una pintura con cada palabra, y el *refringit* de este verso seria una prueba, si esta verdad necesitase de ellas; y he aquí principalmente por qué merece ser comentado.

V. 29. *Nostrisque ductum seditionibus...* Es decir,

«cesó la guerra que prolongaron nuestras disensiones» (las de los dioses), pues de los dioses en efecto unos tomaron parte en favor, y otros en contra de la ciudad. Quizá, sin embargo, no estaba lejos Horacio de entender por estas palabras: «feneció la guerra encendida á instigacion nuestra,» es decir, de Juno y de Minerva.

V. 31. *Invisum nepotem...* Rómulo era hijo de Marte, y Marte hijo de Juno.

V. 32. *Troica sacerdos...* *Ilia*, en quien tuvo Marte á Rómulo, y de quien hablé en las notas á la oda segunda del primer libro, fué la primera de las sacerdotisas de Vesta. Horacio la llama *Troica*, porque era hija de Numitor, el cual descendia de Eneas. Este recuerdo del origen de *Ilia* tiene mérito en boca de Juno, porque cuanto mas profundo era el odio que esta diosa abrigaba contra Troya, tanto mas generoso aparecia el consentimiento que daba á la deificacion de Rómulo, descendiente del príncipe que sobrevivió á la ruina de aquella ciudad. Quizá la denominacion de *sacerdotisa troyana*, que dá Juno á la madre de Rómulo, es una invectiva, destinada á realzar el mérito de la concesion que hace la diosa.

V. 37. *Dum longus inter...* Todo el que piense distinguirse en la poesia, todo el que quiera llenar su cabeza de grandes ideas y de espresiones felices, acostumbrar su oido á la armonia de las cadencias y á la pompa de los períodos, y gozar en fin de todos los prestigios del arte reunidos, debe aprender de memoria esta pieza, ó á lo menos desde esta estrofa hasta el fin.

V. 41. *Insultet armentum...* Horacio juntó en este verso y en el siguiente dos cosas que no pueden juntarse; á saber, «que los ganados retozen sobre los sepulcros, y que en ellos escondan las fieras sus cachorros.» Donde se abrigan fieras no pacen ganados; el uno ó el otro de estos hechos era ademas mengua bastante para una tumba, y no se humillarían mas las de Paris y Priamo, porque en vez de un baldon natural, se reuniesen sobre ellas muchos baldones incompatibles.

V. 42. *Stet Capitolium...* ¡Qué soberbio contraste! mientras los ganados estén retozando sobre los sepulcros de Pa-



rís y de Priamo, é insultando sus cenizas; mientras las fieras estén ocultando sus cachorros en estas tumbas mismas, Juno consiente que el Capitolio dicte leyes al mundo, y se complace en anunciar los prósperos destinos de Roma.

V. 48. *Quá tumidus rigat arva Nilus...* Este *tumidus* designa los desbordes periódicos del *Nilo*, vasto rio que como creo haber dicho en otra parte, nace en Abisinia, y despues de quinientas leguas de curso, entra por siete bocas en el Mediterráneo.

V. 49. *Aurum irrepertum...* ¿Era este un elogio ó una sátira? Lo último parecería mas probable, si fuese permitido suponer que en un congreso de dioses, mezclase un dios la alabanza con el vituperio, hasta el punto de atenuar con una reconvenccion de avaricia, la inmensidad de las concesiones que hacia á Roma, y la idea de los altos destinos que le anunciaba. Pero si no fué esta la intencion de Horacio, ¿se puede presumir que tuviese la de contar entre las glorias del nombre romano, el desinterés de los caudillos que capitaneaban sus legiones en los lejanos países que invadian? ¿Qué pensarían de este elogio los que recordasen el lujo escandaloso que introdujeron en Roma los generales enriquecidos con los despojos del Asia, con los del Africa, con los de España, y aun con los de las islas vecinas á la capital del mundo? El orgullo nacional podia complacerse sin duda en los timbres militares, adquiridos por las legiones romanas en el orbe entonces conocido, pero no en las rapiñas que deshonraron frecuentemente aquellos triunfos; y no se debia poner en boca de un dios el elogio del desinterés de los que á ellas se entregaban habitual ó sistemáticamente.

V. 51. *Quám cogere...* «Que apropiárselo con diestra sacrilega,» es la traduccion completa de este y el siguiente verso. Adviértolo, porque los mas de los traductores amplificaron la idea de manera que llegaron á embrollarla.

V. 53. *Mundo...* Tal es la leccion de casi todos los manuscritos, y de las primeras y mas acreditadas ediciones. Lambino parece que fue el primero que leyó *mundi*,

y esta infeliz correccion tuvo desgraciadamente algunos partidarios.

*Terminus obstitit...* La traduccion literal es: «cualquier término ó límite que estorbe al mundo,» es decir, que le impida estenderse, que lo circunscriba, que lo cierre. Es una idea muy poética la de un término que impida al mundo ir mas allá.

V. 55. *Debacchentur...* El verbo es espresivo, y pinta fuertemente el ardor del sol en los países situados bajo el ecuador.

V. 57. *Sed bellicosus...* ¿A qué esta conminacion tan enérgica, tan explícita, sino se hubiese determinado confundir de una manera perentoria, los rumores que sobre la materia circulaban? El anuncio de que seria de nuevo arruinada la ciudad por huestes capitaneadas por Juno misma, equivale á la seguridad de que no se trataba de reedificarla.

V. 66. *Auctore Phæbo...* «Esto es, dice Bentley, sea que se reedifique Troya por orden, autoridad ó consejo de Apolo, ó bajo sus auspicios,» pues todo esto puede significar el *auctore*, como lo prueba victoriosamente el mismo crítico. Esto alude á la parte que, como he dicho en una de las notas anteriores, tuvo Apolo en la construccion de sus murallas. Lo recuerdo, porque comentadores doctos se han engañado en la explicacion del pasage.

V. 66 y 67. *Meis excisus Argivis...* Juno llama suyos á los de *Argos*, porque esta ciudad y la de Micenas vecina estaban bajo su proteccion.

V. 69. *Non hæc jocosæ.* Este es un medio con el cual se termina cualquiera pieza, desde el momento en que el poeta cree peligroso pasar adelante, ó no tiene mas que decir.